

I
Y esa es mi primera duda, dicho con toda sinceridad. El querer algo no implica necesariamente ni el hacer y menos el logro. Del deseo al acto, del sueño a los hechos, el pasaje no es ni automático ni natural, necesita de la acción, y en este caso colectiva. De una energía histórica que hasta ahora no hemos dado señas de poseer. Por eso, no por otra causa, nos hallamos en el punto que nos hallamos, en otra transición interminable, en una situación a la vez de incertidumbre y de esperanza.

Ahora bien, tan singular combinación de dolor y confianza, de afirmación y duda, de doble lazo, resume la tragedia y el esplendor de lo peruano, y explica acaso uno de los rasgos de nuestro carácter, la melancólica lucidez.

Pero comenzaré por decir que no es mala cosa que exista un deseo de interrogarse sobre metas y propósitos a mediano plazo, acaso una manera de arrancarse aun por un instante a la tiranía de lo inmediato. Ciertos gestos de la clase política apuntan, en efecto, al mediano plazo¹ abundan las agendas anticipatorias². Sin embargo, la cuestión inicial que nos ocupa, por su intrínseca importancia, merece varias operaciones de elemental hermenéutica. La primera es contextualizarla. No es casual que se formule en una revista de ideas, al inicio de un nuevo siglo, bajo un clima de democracia activa, de indagación (sin ilusiones) de lo peruano y sus grandes males.

Precede al Perú de estos días un ciclo de sonados fracasos históricos, y está en curso una inacabada transición democrática. La segunda observación a la cuestión inicial es su fragilidad. Parte de un supuesto, "lo que quieren los peruanos". Es decir, se da por sentado la existencia de valores, puntos de vista comunes y de una compartida visión del mundo. ¿Cuán cierto es eso? Puede hablarse de un propósito único? ¿Los peruanos como un colectivo coherente de millones de seres que quieren las mismas cosas y el mismo porvenir? ¿Por igual, los coccaleros amazónicos, los informales de las grandes ciudades, los millares de jóvenes que parten fuera del país? ¿Qué encuesta de lo colectivo puede ignorar clases sociales, diferentes culturas y modos de vida de algo que abrazamos con la palabra Perú? Y si esto es verdad, entonces, una cultura política peruana construida desde una

Breve sumario de moral política y cotidiana.

¿EL PAÍS QUE QUEREMOS?

Hugo Neira

¿Qué país queremos los peruanos? Es esta la interrogación que de mutuo acuerdo los editores de la revista y el autor consideran de pertinente examen para los días que corren. Como cuestión no es simple, envuelve otras. Abraza el presente y el porvenir. Formula algo que va más allá del diagnóstico de la realidad. Implica el querer ser, una dimensión de filosofía política. La existencia o no de una enérgica voluntad de querer hace algo en común, que es una de las definiciones, la más completa, de lo que es una nación.

sociedad fragmentada, ante el porvenir y la patria deseada, no responderá con deseos e interpretaciones no sólo distintos sino contradictorios?

Otro aspecto de la cuestión es que plantea el tema del sujeto histórico, es decir, la nación peruana. Vasto tema ¿existe acaso? Para zanjar un asunto que se presta a ardientes

por el cielo con una tierra ancha y buena, paraíso en el nuevo mundo de los cronicrones coloniales en cuyo seno el establecimiento del monstruo frío del Estado y la ley no eran casi necesarios. Diversos saqueos y despojos, desde las minas de plata del pasado, del guano y el salitre hasta el agravio del robo en escala de la

en consecuencia se crearon diversas comisiones. Pues bien, una de las más apreciadas fue la de anticorrupción, seguida de cerca por la comisión de lucha contra la pobreza, y a cierta distancia, por la de educación. Resultan, pues, muy claros los temas que preocupan a los peruanos, a saber, desempleo, inversión, crecimiento

"Diversos saqueos y despojos, desde las minas de plata del pasado, del guano y el salitre hasta el agravio del robo en escala de la mafia montesinista, nos han curado de candidedeces. Sobre el diagnóstico de nuestros males no hay duda que exista consenso. Pesa en el ánimo público el listado de nuestras desgracias, las cuales aparecen, dicho sea de paso, en cada encuesta."

controversias, diré simplemente que sin duda lo peruano se constituye pero no a través de mitos historicistas e ilusiones ideológicas sino a partir precisamente de sus desencuentros. Una nación lúcida y alerta sin la ceguera de sus males, en la discusión de los mismos. En otras palabras, si asistimos al nacimiento de esa comunidad sentimental colectiva e imaginaria que suele ser una nación es porque los fracasos recientes han abierto los ojos a los peruanos, arrancándonos de lo que Sebastián Salazar Bondy llamara la nostalgia colonial. Hubo siempre la creencia que los grandes esfuerzos nos estaban exceptuados, benditos

mafia montesinista, nos han curado de candidedeces. Sobre el diagnóstico de nuestros males no hay duda que exista consenso. Pesa en el ánimo público el listado de nuestras desgracias, las cuales aparecen, dicho sea de paso, en cada encuesta.

II

Los peruanos perciben claramente sus más urgentes problemas. ¿Cuál es su escala valorativa? ¿Qué aparece como lo más urgente? Cabe recordar un ejemplo cercano. En el gobierno de la transición de los días de Valentín Paniagua, para salir de la dictadura se buscaron acuerdos comunes y

económico, desarrollo del agro, temas socio-económicos. A ellos se añade, con intensidad, temas de ética y política, esto es, derechos humanos, moralización del poder, y una novedad: la vigilancia ciudadana de las autoridades, de alcaldes a congresistas, de ministros a el propio Presidente de la República. Un país desconfiado ha dejado paso al ingenio de los años noventa, al que adormecieran los mecanismos de seducción y manipulación del fujimorismo. En fin, a todos estas expectativas ha venido a sumarse la de la transferencia de poder a las regiones, el actual proceso de descentralización. En resumen,

nuestra agenda pública no es complicada. Justicia, Economía, Educación y Trabajo. Otra cosa es resolverla.

La dificultad comienza -y nadie se asombrará- no en los propósitos sino en los métodos, no en la política sino en las políticas, en cuanto se aborda, en público o en privado, la manera de avanzar. Pero el pasaje de la expectativa a la realidad abre no sólo un abanico de posibilidades -lo cual no debería sorprendernos, la democracia es el reino por definición de lo múltiple y variado- sino flagrantes contradicciones en la propia opinión pública. Se quiere algo y su contrario, mejor educación y a la vez menos impuestos³. Se quiere la sanción de los corruptos, el fin de la impunidad, sin por ello apreciar el juicio público ante cámaras de televisión de Montesinos y los inculpados por pertenecer a la red mafiosa de los años noventa. El efecto perverso de ese espectáculo jurídico -el primero de nuestra historia- nos revela inquietantes aspectos. Por una parte, lo poco que estamos familiarizados con los procedimientos de nuestro propio derecho penal. Por la otra, el efecto contraproducente de mostrar los mafiosos ante los jueces, como si la severidad de estos últimos, el rigor del interrogatorio, inclinara a una audiencia invisible de teleespectadores a una suerte de piedad, como si el Perú generoso de siempre no supiera ser severo ante sus propios verdugos. Entretanto, en las barriadas más desvalidas, en las aldeas rurales sin policía ni seguridad, cada día se ejecutan actos de justicia popular instantánea y cruenta, linchamientos de presuntos violadores y ladrones. Dos morales, diversas representaciones de lo socialmente eficaz. Varios países en uno. Varias justicias.

Los males están a la vista. Corrupción en hombres públicos, pobreza extrema, educación que no tiende a disminuir la brecha social sino a acrecentarla. Pero, como es de esperar, cada gran tema del malestar nacional, provoca posturas divergentes. Más allá de la necesaria discrepancia, pese a

¹ El Acuerdo Nacional y la perspectiva de que se cree un Centro de Planificación Estratégica del Desarrollo del Perú.

² Agenda Perú, de Francisco Sagasti y Max Hernández.

³ En "Vigilar para conquistar la democracia". Sondeo de opinión, Veeduría ciudadana, Calandria, p. 7. Lima, agosto del 2001.

➔ todo, cabría esperar saludables consensos. Cierta actitud popular, según encuestas, se inclina más bien a que los políticos lleguen a acuerdos. ¿Por qué son estos tan difíciles, tan frágiles? Apenas compromisos deletéreos. No son los consensos sino los disensos la materia de nuestra vida pública. Esto ocurre a mi parecer, por diversas razones que no provienen de la razón política sino de un substratum histórico y cultural. En sociedades de viejas democracias, apaciguado el fondo de conflicto étnico y religioso, las divergencias de criterios sobre las formas de organizar el bienestar o llegar a este, por enconadas que sean, llegan a acuerdos y pactos, acaso porque el dolor de la memoria histórica inclina a una cultura del compromiso. En Perú, aunque se venga de acumulados y sonoros desastres, la cultura de la sinceridad, el reconocimiento del error compartido tarda en establecerse. Será por eso, para acelerar la emergencia de una conciencia libre y crítica, que me animaré a decir lo siguiente. Aquí fracasaron la guerrilla como el modelo oligárquico de exportación primario, la dictadura militar y los regímenes salidos de las urnas, el populismo civil y el socialismo militar, el autoritarismo de unos como el clientelismo de todos. No una generación de políticos sino varias. No una ideología sino casi todas. Si alguien cree que esto repercute en la moral pública solamente con un efecto positivo, se equivoca. Sin duda, hay mucho de saludable en la actitud de sospecha que los ciudadanos tienen hoy ante las autoridades, aun si éstas responden a la legitimidad democrática. En las encuestas, la idea de vigilar el poder alcanza cuotas enormes. ¿Es la consecuencia del desengaño provocado por el post-fujimorismo, el revés de la trama de la inmensa simpatía y confianza que masivamente los peruanos depositaron, por motivos que no examinamos aquí, en el tirano sonriente, en el chinito? La secuela de esa desilusión, la resaca de ese sueño de presidencia pragmática y sin agobios ideológicos, no es un acto de razón sino un estado de ánimo. Un desengaño profundo, el temible convencimiento de que “todos los políticos son mentirosos y corruptos”. Tan resentida y negativa afirmación, fruto de la experiencia de desilusiones, no invita precisamente al encuentro entre Estado y ciudadanos, ni facilita la gobernabilidad.

III

La idea de que la democracia se asiente sobre un fondo de vigilancia no me disgusta. Al fin y al cabo, desde su concepción clásica y la prueba del tiempo en otras sociedades, postula un sistema de contrapoderes, o sea, un poder eje-

ho sólo despierta suspicacia o aparece como una vejez histórica. El sentido común que se establece en el curso de los noventa, apunta a otra cosa.

He dicho en otra ocasión, que el descrédito de la política en el Perú ha abierto las puertas a una versión muy particular de la ideología liberal que

entrevistas hechas por Gonzalo Portocarrero a un grupo de jóvenes, cuyos estilos de vida obedecen a “los cambios en el sentido común”, tres ideales-tipo, el militante, el hombre de éxito y el individuo autorreferido. En cuanto a los primeros, casi han desaparecido. El presente está dominado por

que lo entiende el francés (Moscovici), por simpáticos que parezcan, por libres y postmodernos, en realidad segregan en Perú un tipo de razón política de inquietante ambigüedad. No es evidente la afiliación de esta manera de percibir a una percepción del mundo ni de la democracia ni del autoritarismo. Y por decir las cosas con sinceridad, digamos que las libertades individuales reclamadas, una cierta aproximación relativista de los valores, supone que regímenes de intolerancia no serían del agrado de quienes reclaman para el Perú un politeísmo de formas de vida establecidas en países del primer mundo, incluyendo las opciones sexuales no-convencionales, aunque no usen estos términos. Temo que la gente del discurso “existista” se acomodaría sin rubor a un régimen de estilo pinochetista o fujimorista, y no por amor a la tiranía, lo cual ya implicaría algún grado de compromiso, sino por soberana indiferencia por lo público. ¿Cuál es mi objeción? La política de la no política abre primero el espacio para gobiernos de técnicos y expertos, como sabemos por experiencia, una utopía reaccionaria, pero luego, en virtud del laxismo generalizado, de la pachocha ciudadana, se instalan las mafias del poder, el robo a escala, el crimen en nombre del progreso, del pragmatismo, todo lo que en los noventa tuvimos. Hoy en prisión, o ante sus jueces, los hombres de la mafia gubernamental no entienden por qué se les juzga. Pero esas centenas de personas que se juzga son no solamente una red de aprovechados complotados sino un estilo de vida, una conducta. Es un país lo que está en el banquillo.

Nuestro peruano mal mayor es la tragedia de la política, ineficaz o abusiva, a ratos ambas. Un asunto que merece una indagación a partir de conceptos universales, que gozan del comparatismo histórico. Acudiendo a Max Weber, se recordará que la modernidad democrática, en uno de los textos fundadores del saber sociológico, es la consecuencia del tipo de legitimidad “legal racional”. Por ello se entiende la autoridad ejercida según leyes, a través de una sólida burocracia encargada de aplicarla. Nosotros, en cambio,

“Los peruanos no creen más en sus autoridades, lo cual, después de la actitud bobalicona del pasado, podría ser hasta un progreso moral, pero el caso es que sufren de este general descrédito partidos y Congreso, cuyos índices de aceptación son bajísimos. Conviene decir que los ciudadanos encuestados si creen en sí mismos. En otras palabras, han aparecido nuevos sentidos, otros relatos de lo social, a veces expresados, además de la música, los gustos y la joven literatura, en las conductas.”

cutivo vigilado por el legislativo, ambos por el judicial, todos por los ciudadanos y el sentido común que se ejerce en la sanción del voto. Esta concepción, sin embargo, debe dejarse de lado en Perú, es apenas académica, ha quedado desacreditada en la experiencia peruana del siglo veinte, y parece hoy cosa del pasado, improbable y utópica. Es hora de examinar ese sentido común triunfante que se ha impuesto, en parte por las modas que trae la globalización, en parte por los propios y nativos desengaños. El caso es que la percepción de una construcción democrática a partir de una clase política y un Estado en forma

consiste no en apasionarse por las libertades sino por la propia privacidad⁴. He dicho también que los peruanos no creen más en sus autoridades, lo cual, después de la actitud bobalicona del pasado, podría ser hasta un progreso moral, pero el caso es que sufren de este general descrédito partidos y Congreso, cuyos índices de aceptación son bajísimos. Conviene decir que los ciudadanos encuestados si creen en sí mismos. En otras palabras, han aparecido nuevos sentidos, otros relatos de lo social, a veces expresados, además de la música, los gustos y la joven literatura, en las conductas. En otros trabajos mencioné las

otros estilos, el del discurso existista, convencido del mercado y del logro como resultado del esfuerzo personal. Y el autorreferido, que cultiva la interioridad, el de “las lecturas intensivas de Coelho”, muchos que optan por carreras vocacionales, aunque inseguras. Ahora bien, como moral pública el cuadro es desastroso. El “discurso más persuasivo” nos da un tipo de individuos que no se reconocen como parte de colectividad alguna. La pobreza resulta sospechosa. Vuelve el discurso racista.

Los nuevos sentidos en Portocarrero, lo que por mi parte llamaría “las representaciones sociales” (en el sentido



Peasadores de Humbao. Xilografía de José Sabogal.

⁴ Hugo Neira, “El enigma Toledo. Duelo y disenso en la choledad ilustrada”. En La República, Domingo, 13 de octubre del 2002.

avanzamos en nuestra historia republicana sin que jamás la ley fuese ese principio abstracto e impersonal, la regla que los propios dominadores se aplicaran con severidad a sí mismos. La posibilidad de esa autolimitación no es absolutamente extraña. No la tuvieron ni caudillos en el XIX ni presidentes en el XX. Ahora bien, si el poder no se autolimita, no hay forma alguna de convivencia democrática. Pero eso implica un tipo de gobernantes capaces de actitudes ecuanimes, alejados del culto grandilocuente y el envanecimiento. Ahora bien, hay fundadas razones para pensar que la idea misma de un poder presidencial modesto nos es por completo ajena. En las encuestas, Valentín Paniagua, acaso el hombre público que en los últimos años ha gozado de mayor simpatía, presidente con el tiempo contado y transicional, tenía con todo un punto en que no convencía. Para una masa impresionante de encuestados, este baldón radicaba en su exceso de modestia. Sorprendente cuestionamiento. ¿Quiere esto decir que nuestro presidencialismo busca hombres fuertes? ¿Que la tentación autoritaria, siempre latente, proviene de los propios gobernados? Solicitud de tutelaje, de mando patriarcal. La situación es paradójica, por no decir esquizofrénica. Si el gobernante no manda, es criticado. Pero si en el ejercicio del poder se solaza, entonces lo aborrecerán. El doble lazo, amor y odio, espera a todo inquilino de la casa de Pizarro. Es el padre que debe estar ahí, se le necesita y se le repudia, se le ama y detesta. Como en el vía crucis, una carrera presidencial comienza con acogidas cariñosas de domingo de ramos y puede acabar en la gozosa crucifixión del elegido. No es sorprendente que los gobernantes huyan.

IV

¿De donde saldría la voluntad histórica para arribar a la morada de la patria limpia y sosegada que los peruanos quieren? La nueva ilusión radica en creer que de los sujetos sociales, de la pluralidad y la vida misma, progresivamente asociados e intercambiando información, se alzarán las posibilidades de una salida a la crisis perpetua de nuestra nación. Exaltación de la sociedad civil. Más que una tesis, es una creencia magnífica y tentadora. ¿Por que no, en efecto? No



José Carlos Mariátegui. Xilografía de José Sábogal.

han sobrevivido durante siglos las comunidades de aldeas en los Andes? ¿No desarrollaron en el mayor desamparo, una lógica de la producción en el medio hostil andino, una ética del esfuerzo y la cooperación? ¿No se transformó esta misma en una forma de inserción y adaptación en el medio urbano cuando las migraciones? ¿Qué son los informales, sino los

celos y obliga. Pero muchos así lo creen.

Sería muy fácil para el autor de estas líneas aprobar el paradigma dominante, que como toda estructura, es oculta y hasta ignorada por quienes la llevan consigo. Pero yo no pienso en absoluto que la hora de lo político esté a nuestras espaldas. Al contrario. Los enfermos ni se sanan solos, ni

es administrativo sino ético. La singularidad precisamente de Occidente sobre otras civilizaciones, como señalan diversos autores contemporáneos, radica en la capacidad de autorreformarse. La sociedad patrimonial en la que vivimos con un mínimo de Estado, ha sido incapaz de autorreformarse. Al contrario, cada nuevo gobierno fue la ocasión de

“La democracia no es simplemente un régimen político. Es una forma de vida colectiva que tiende a la igualdad. (Tocqueville) El hecho generador no es administrativo sino ético. La singularidad precisamente de Occidente sobre otras civilizaciones, como señalan diversos autores contemporáneos, radica en la capacidad de autorreformarse”.

hombres de la iniciativa familiar, individual y societal? ¿No ha sido el Estado y los gobernantes los que han seguido a remolque, a los pueblos jóvenes? ¿Quién detuvo a los senderistas en el campo si no las rondas? Esta lectura es cierta pero parcial. La tesis del vigor de lo social, que en el Perú es indiscutible, llevada a su extremo, haría absolutamente innecesario esa construcción racional llamada Estado. No está en la agenda de la vida humana pasarse de esa aceptación voluntaria del Leviatán que pone impuestos, legisla, manda, encar-

medicina ni médicos son inútiles. La espontaneidad social no prescinde del poder formal ni en un cantón suizo. Sociedad civil y Estado se oponen pero se complementan, se enfrentan y necesitan. Muy peruanamente, optamos por una de ellas. Acaso habría que recordar a estas alturas de la argumentación que el fin último de nuestros esfuerzos es la democracia. Ahora bien, la democracia no es simplemente un régimen político. Es una forma de vida colectiva que tiende a la igualdad (Tocqueville). El hecho generador no

volver al más siniestro status quo. Por el otro, no se han resuelto las grandes diferencias, se han acrecentado. La libre iniciativa no ha disminuido el número de pobres. La pobreza ha crecido bajo regímenes de mayor libertad. La educación pública, al dejarse a la deriva la ofrecida por escuelas del Estado cada vez más empobrecidas, no se ha mejorado por la multiplicación de centros escolares privados. No creo que la oferta de las universidades privadas actuales, muchas de las cuales ofrecen como suma y compendio del saber humano

cursos de inglés e internet, nos proveerá de sabios en ciencias de la naturaleza que precisamos, para explotar nosotros y no extraños la formidable biodiversidad. No es con un Estado sin recursos fiscales como podremos pagar mejor a jueces y policías y maestros. Y aunque las regiones generaran sus propios recursos, el Perú no puede dejar de ser pensado como una unidad geográfica y moral. Escribo estas líneas consciente de que voy a contracorriente. Creo en la educación pública de la que provengo, acaso con la disculpa que la de mis años mozos no había sufrido el deterioro que se le conoce. Pero debo decir que era, en sus días, magnífica.

No puedo pensar, por otra parte, que la lucha contra la desigualdad y la miseria en el ancho mundo que he recorrido, cuarenta años de experiencia vital viviendo en países del primer mundo, pueda emprenderse sin los poderes públicos. No hay una sola sociedad avanzada que no cuente con leyes, administración responsable, instituciones y Estado. El espejismo de prescindir de autoridades no es sino el sueño criollo de vivir sin virreyes.

Anarquía de grandes señores, esencialmente antirrepublicana. No, lo siento, el siglo veinte y uno será el del hallazgo de la gran política, o pasaremos por crisis mayores que las hasta ahora conocidas.

Para concluir con la idea que inicia este ensayo, diré que todos sabemos qué país queremos. Pero creer que la hora de lo político ha pasado es ingenuo. Es lo contrario. Sólo nos salvará el Derecho, pero este no crece naturalmente. El orden humano es civilizado, es decir, voluntario y acordado. A esa artificialidad necesaria de darnos conductores, hemos optado poco y mal. Cada elección ha sido una manera de eludir los problemas y votar por los que encarnaron las soluciones facilistas. Por Fujimori se dejó de lado la posibilidad de Mario Vargas Llosa y luego hubo el lujo de desdeñar a Pérez de Cuellar no votando por él. Lo menos que los peruanos pueden decirse, es que para llegar a ese país vivible y honesto que todos deseamos sin corrupción ni pobreza ni violencia, lo menos que podemos hacer es tomarnos la política sin frivolidad, aprender a elegir bien, a autocorregirnos antes que nos enmiende, y con dolor, la propia realidad. ■